

El Imparcial
Número 4326, Tomo XXV
Martes 4 de agosto de 1908

“La República” hace conocer varias opiniones del general Bernardo Reyes, sobre asuntos de trascendencia nacional.

Entrevista de nuestro director, licenciado Heriberto Barrón, con el referido señor general.

¿Debe retirarse del poder el Sr. General Díaz? ¿Qué hará México cuando el general Díaz desaparezca? ¿Qué temores se pueden abrigar, de revueltas intestinas en el futuro? ¿Qué significación han tenido los últimos motines de la frontera del Norte? ¿Seguirán inalterables nuestras relaciones con los estados Unidos? Tales y otros interesantes puntos son los tratados en esta entrevista.

“Esta se efectuó en Monterrey, en una simpática y modesta casa de campo en donde el general Reyes trabaja durante la temporada de verano.

El diálogo es así.

-Mi General, dije iniciando la conversación, hay momentos supremos en que el público necesita oír la voz de sus estadistas de más valor, lo cual sirve, a no dudarlo, para encauzar la opinión pública, que tanto influye en el destino de las naciones. Se aproxima en México rápidamente un nuevo periodo electoral y si el señor Presidente de la República hizo con este motivo, importantísimas declaraciones al periodista americano Mr. Creelman que se publicó en el “Pearson’s Magazine”, habiendo sido traducidas y dadas a conocer en casi todos los periódicos del país. En tales declaraciones comenta la que el Sr. General Díaz está resuelto a abandonar el poder al terminar el actual periodo presidencial. Siendo usted uno de los gobernantes y militares que gozan de gran prestigio, creo que sería de gran importancia conocer su modo de sentir en este punto y otros de los que abarca la entrevista del citado periodista americano con el más sabio y encumbrado de nuestros estadistas.

-“Usted sabe- me comentó el General Reyes- que poco afecto soy á que se discuta mis opiniones y personalidad en la prensa...

Leí con todo detenimiento cuanto se refiere á la entrevista del señor Presidente con Mr. Creelman ¿qué mexicano atento al bien del país no lo ha hecho? Y he podido apreciar la gran importancia de las declaraciones atribuidas al general Díaz.

Un sentimiento extremo de delicadeza, manifestado ya en otras ocasiones, es indudablemente el que ha impelido al Presidente á hacer esta declaración. Un hombre de sus tamaños sobre el cual están fijas las miradas del mundo entero, desea, y tal deseo es muy natural, que no se le considere como un obstáculo para el progreso de nuestra naciente democracia. En el extranjero, donde las condiciones de nuestra vida íntima como nación, no son perfectamente

conocidas en sus paridades [sic] internas, pudiera creerse que la continuación en el poder, del señor General Díaz, era un óbice al desarrollo de la democracia de una República que, al estar ya bien constituida, exigirá la continuada y pacífica trasmisión del poder, de una á otra personalidad.

Tal es el principio, y él regirá entre nosotros con regularidad, en época quizás no muy lejana. Pero ahora, el bienestar de México, requiere aún la permanencia del señor General Díaz en la Presidencia, y ese es, en mi concepto, el sentir unánime de la Nación, en todo aquello que tiene de valeor, en el Canopo de los negocios y de la política.

No es la edad la que puede obligar al Presidente á retirarse, gozando, como goza aún, de extraordinario vigor intelectual y físico, y de una salud envidiable. Así lo reconoce él mismo, según expone Mr. Creelman, cuando pone en su boca, en otro pasaje de su entrevista, las siguientes frases:

“A la edad de setenta siete años, estoy satisfecho con mi robusta salud. Este es un bien que no la lay ni la fuerza pueden crear...”

No es tampoco un sentimiento de egoísmo el pudiera orillararlo á adoptar tan grave resolución. Acostumbrado desde sus más tiernos años; á sacrificar á su Patria todas sus energías, á trabajar sin descanso, la enorme labor que sobre sus hombros pesa, la desempaña con relativa facilidad, habiéndola metodizado de una manera habilísima; y esa abrumadora suma de trabajo, que mataría á otro hombre menos fuerte, es ya para el un hábito, y fuente más bien de salud y bienestar, que de decaimiento y cansancio.

“Podré dejar la Presidencia de México...ha dicho el General Díaz: perono podré dejar de servir á mi Patria mientras viva”.

¿Y cómo, pregunto yo, podrá mejor servir á su patria, que dirigiéndola de una manera efectiva, como Primer Mandatario, su posee aún las aptitudes conveniente para dar, con mano maestra, los últimos toques á su obra, para que perdura indestructible y fuerte?

Menos aún debemos suponer en el General Díaz, falta de acatamiento á la opinión pública, cuando en la tan comentada conferencia Creelman ha dicho:

—“no puedo ver una razón convincente, por la que el Presidente Roosevelt no fuera electo de nuevo, si la mayoría del pueblo americano desea que continúe en la Presidencia...”

“No cabe lamedor duda de que Mr. Roosevelt es un hombre fuerte, puro, un patriota que comprende y ama á su país. El temor americano por un tercer periodo, me parece sin fundamento. No puede haber cuestión de principios en esta materia. Si la mayoría del pueblo de los Estados Unidos aprueba su política, y desea que continúe su obra. Esta es el punto de real y vital importancia: si la mayoría del pueblo lo necesita y desea que continúe la Presidencia”.

Tales son los principio del señor General Díaz, aplicables á una nación extraña, ¿Podrán éstos variar, tratándose del bienestar de nuestra propia patria?

Algunos de los periódicos que discuten la cuestión presidencial, han dejado inadvertidos estos pasajes que acabo de citar, de la entrevista del señor Presidente con Mr. Creelman, y se han referido solamente á su deseo expresado de retirarse de la Presidencia.

El señor General Díaz no sería, pues, inconsecuente con sus propios principios y opiniones, aceptando un nuevo periodo presidencial.

Tomando sus propias frases, de gran sabiduría y peso, aplicables á nuestra patria, yo diría:

“No puedo ver una razón convincente, por la que el Presidente Díaz no fuera reelecto de nuevo, si la mayoría del pueblo mexicano desea que continúe en la Presidencia. No cabe duda de que el General Díaz es un hombre fuerte, puro, un patriota que comprende y ama á su país. Su propósito de retirarse del poder, me parece sin fundamento. No puede haber cuestión de principios en esta materia, si la mayoría del pueblo mexicano aprueba su política y desea que continúe su obra. Este es el punto de real y vital importancia: si la mayoría del pueblo lo necesita, y desea que continúe en la Presidencia.”

He expresado esto, tratando de tomar las mismas palabras atribuidas al General Díaz, por el periodista americano Mr. Creelman: que por lo que toca al caso exclusivo de la reelección presidencial en México, veo que estimándola como una necesidad la nación entera, el heroico servidor de la misma, que le ha dado paz, prosperidad y grandeza, no sería quien se negara á atender el voto unánime del pueblo, por que se sentiría, por sus propias convicciones, por su amor á ese pueblo y por respeto á los sinceros votos de éste, obligado á atender semejante sufragio; por lo demás, de carácter eminentemente democrático.

Y debemos convenir en que, en este caso, no es la mayoría, sino la Nación entera, la que necesita al General Díaz, y desea que continúe en la Presidencia, para que complete su titánica obra.

La opinión se ha manifestado ya en este sentido, en los principales y más sensatos órganos de la prensa periódica; se ha penetrado en las masas, y no tardará en presentarse arrolladora y terminante ante el señor General Díaz, quien, estoy seguro, cual he dicho, que obedecerá la voz de sus acendrado patriotismo, y aceptará nuevamente el sacrificio de su tranquilidad en biende su Patria.

Por otra parte, y á medida que la edad del Presidente avance más, está en aptitud de tomar periodos de descanso como lo crea conveniente á su salud. El establecimiento de la Vicepresidencia, satisface, entre otros, ese objeto, siendo el principal, el de asegurar la ordenada y pacífica sucesión del poder, por lo cual, en lo referente, estamos á salvo también de dificultades, en el funesto evento por todos temido, de que el General Díaz rinda su último tributo á la naturaleza.

Hay consideraciones de orden diverso, que fundan, á mi entender, la necesidad de que el General Díaz sea reelecto para un nuevo periodo.

En condiciones enteramente distintas á las de la nación vecina del Norte, surgió la nuestra á la vida independiente. La demolición absoluta de la monarquía española, durante trescientos años, impidió que se desarrollara en México todo germen de democracia: y, cuando á impulsos de un movimiento incontrastrable [sic], propio de una colonia vigorosa. México rompió los vínculos que la unían a España, las instituciones republicanas eran para ella algo como un vago y hermoso sueño, que, para realizarse, habría de encontrar formidables obstáculos, siendo el principal el estado de incapacidad de la gran masa popular, que de hecho había permanecido por tres centurias en la servidumbre y en la ignorancia.

Partiendo de semejantes antecedentes, natural debe considerarse la conflagración de nuestras luchas intestinas, cuyo objeto era acabar con un régimen profundamente enraizado en nuestra vida social, é implantar uno nuevo y desconocido; objetivo que solía extraviar el cúmulo de ambiciones y de personales intereses, que se mezclaron en aquellas luchas, hasta llegar á significar ellas, una verdadera anarquía.

Cuarenta años, brevísimo instante en la vida de una nación, eran notoriamente insuficientes para realizar tan magna transformación: y de ahí que, cuando el General Díaz llegó al poder, tras de la uniformidad de miras que determinaron nuestras guerras contra la intervención y el Imperio, no obstante los heroicos empeños del preclaro Presidente Juárez, el problema estaba en pie.

De ahí también que el General Díaz con esa clarividencia que todos le reconocemos, palpó en el acto la conveniencia de desarrollar los inmensos y ricos recursos naturales de nuestro suelo; la necesidad de crear, desde luego, riquezas y hábitos de trabajo, que sólo se adquieren al amparo de la paz, para favorecer, cumplido este primer punto en su programa, la evolución política, lenta y educativa, que nos condujera á la verdadera democracia, á la real y efectiva República Federativa, conservando, entretanto, la forma y dirigiéndose al ideal al que nos iríamos acercando gradualmente, sin sacudidas violentas ni alteraciones del orden público.

* * *

“Hemos preservado —ha dicho el General Díaz— la forma de gobierno republicano y democrático. Hemos defendido y conservado intacta la teoría, pero adoptando una política patriarcal, en la actual administración de los negocios de la Nación, guiando y restringiendo las tendencias populares, con una fe plena en que una paz forzosa haría á la educación, la industria y el comercio, desarrollar elementos de estabilidad y unidad en un pueblo naturalmente inteligente, suave y sentimental.”

Hemos sido severos. Algunas veces hasta llegar á la crueldad: pero ha sido necesario obrar así, por la vida y progreso de la Nación. Si ha habido crueldad los resultados la han justificado.”

“Ha sido mejor derramar poca sangre, para salvar mucha. La sangre derramada ha sido mala, y buena y generosa la salvada.”

“La paz, aun una paz forzada, era necesaria para que la Nación tuviera tiempo de trabajar y reflexionar. La educación y la industria han completado la tarea comenzada por el ejército.”

* * *

Bajo tales principios, la primera parte del programa del gobierno del General Díaz, ha sido brillantemente cumplida, está completa. México, con sus escuelas, sus ferrocarriles, sus minas, sus fábricas, su comercio, su agricultura, sus telégrafos; la enorme suma de capital extranjero y nacional, invertido en la exploración y explotación de sus inmensos recursos naturales, y dos generaciones educadas dentro de las provechosas prácticas del amor al trabajo y del amor a la paz, está consolidado para siempre. Posee riquezas que cuidar y aumentar; bienestar que conservar, y no atenderá en un raptó de inconcebible locura, á destruir ó menoscabar lo que se ha obtenido á costa de tanto afán y sacrificio.

En tales condiciones de avance, el Presidente ha puesto mano á la segunda parte de su obra, á la evolución política. La nación está completa: había que completar la República.

A ello han tendido todos sus últimos pasos, y sus intenciones futuras están bien delineadas.

* * *

“Vería con gusto que en la República surgiera un partido independiente —ha dicho el General Díaz, según Creelman— Si apareciera, lo miraría como una bendición y no como un mal. Y si fuera capaz de desarrollar poder bastante para gobernar y no para explotar, me podría de su lado, le ayudaría, lo aconsejaría, y me olvidaría de mi mismo en la inauguración feliz de un gobierno completamente democrático para mi patria.”

“He creído, y creo aún, en los principios democráticos, aunque las condiciones me han compelido á usar severas medidas para asegurar la paz y el desarrollo que debe preceder necesariamente al Gobierno democrático. Meras teorías políticas, no crearán nunca una nación libre.”

“La experiencia me ha convencido de que un gobierno progresista, debe tratar de satisfacer las ambiciones individuales, tanto como sea posible; pero de que al mismo tiempo, debe poseer un extinguidor para usarlo sabia y firmemente cuando la ambición personal arde con demasiada viveza con peligro para el bienestar común. (pp. 1, 4)